# LA ANATOMÍA DE LOS SUEÑOS

CHLOE BENJAMIN

Planeta

PARTE UNO

# Anochecer

# 1

## EUREKA, CALIFORNIA, 1998

Cuando Gabriel volvió a mí, yo tenía veintiuno y estaba en medio del largo verano previo a mi último año en la universidad. En ese momento, era una realista. Era la número uno en mi clase y no creía que existiera algo que yo no pudiera descubrir por mí misma. Coincidencias, accidentes: creía en ellos; sin embargo, requería mucho esfuerzo para abrirme a otras posibilidades. Para mí era como ser un abanico cuyos pliegues se extendían para revelar mundos paralelos.

Mi primer recuerdo claro de Gabe es de nuestro tercer año de preparatoria, aunque yo ya lo había visto antes. Al estar en un internado, especialmente en uno tan pequeño como Mills, nos conocíamos todos. Él era parte de un revoltoso grupo de chicos que siempre se estaban metiendo en problemas. No hacían bromas ni se peleaban, solo eran demasiado inquisitivos para su propio bien. Generalmente estaban descifrando alguna conspiración: de qué estaba hecho en realidad el picadillo de la cafetería o qué estaba cultivando el director Keller en el jardín trasero de su casa. No le puse mucha atención a Gabe en esos primeros años. Estaba ocupada con mis clases, especialmente Inglés; las ciencias exactas eran fáciles para mí, pero no podía pensar en metáforas. Quizá por eso me molestaban Gabe y sus amigos, para quienes una cosa siempre implicaba otra: la res del picadillo era carne de perro, y entre las

fresas, el apio y la menta que yo había visto con mis propios ojos, el señor Keller estaba cultivando adelfa para hacer veneno.

Pero en nuestro tercer año un eclipse de luna nos unió.

El señor Cooke, nuestro maestro de Física, había estado hablando de eso todo el semestre y nuestra clase tenía permiso de verlo. Sería a las 6:51 p.m., la hora de la cena, pero esa noche comimos afuera. Hacía frío, aunque no nevaba: en el norte de California, enero traía una niebla vaporosa que le otorgaba a cada tarde una sensación de oscura importancia. Llevamos nuestras cobijas y bandejas y nos acomodamos apretadamente en la parte alta de la colina del observatorio, donde una vez el señor Cooke nos enseñó a hacer gráficas de las fases lunares. Yo estaba con Hanna McGowan, mi compañera de cuarto y mejor amiga, quien me contaba una historia en voz baja y apresurada; en una parte dijo «Sylvie, Sylvie…», pero yo apenas podía escucharla. Su voz se perdió en el aire como niebla mientras esperábamos a que la luna cambiara.

El señor Cooke nos había dicho que un eclipse lunar solo podía ocurrir cuando la luna llena estaba perfectamente alineada con la tierra y el sol. Durante unos pocos minutos, dijo, nuestro planeta proyectaría dos sombras y la luna pasaría entre ellas. La luz del sol, al atravesar la atmósfera de la tierra, se doblaría hacia la luna, y nuestra roca se transformaría: teñida por los amaneceres y atardeceres del planeta, los inicios de los días y sus finales, se volvería roja.

Yo sabía todo esto, pero aun así no estaba lista para el sentimiento que nos sobrecogió cuando ocurrió. Lentamente, la sombra de la tierra se puso frente a la luna, cubriéndola casi por completo. Pero la luna luchó; como un fénix, se quitó las cenizas y se incendió. Nosotros observamos boquiabiertos su cambio de disfraz: ahí estaba ella, una naranja sanguina en la oscuridad. Los árboles y el cielo e incluso la colina desaparecieron, y solo nos teníamos a nosotros.

Y luego, claro, se acabó. La luna se tornó gris de nuevo, y todos reímos de manera dispersa y nerviosa, como si nos estuviéramos sacudiendo los residuos del miedo. Para las 9:00 se habían

formado pequeños grupos que abandonaron la colina. Yo me quedé junto con unos pocos. Gabe era uno de ellos. Cuando comenzamos a platicar, él preguntó:

—¿Quién quiere ver algo que descubrí?

Había algo intenso y vulnerable en él, parado sobre una roca a la izquierda del grupo. Lo veíamos con una leve mezcla de interés y diversión, como un confundido pero apreciado miembro de nuestro pequeño pueblo. No medía más de uno sesenta y siete y era delgado entonces, aunque se volvió más fornido conforme fue creciendo. Tenía el rostro cuadrado y densamente resuelto de un pitbull, ojos miel y una gruesa franja de cabello café que se movía con el viento como un halo salvaje. Algunas veces las chicas de mi piso hablaban de él, diciendo que tenía complejo de Napoleón. Ahora otro chico le gritaba para que se bajara de la roca. Pero Gabe se quedó; sus ojos se lanzaron de un rostro a otro como un pájaro en vuelo bajo antes de aterrizar en el mío.

Yo me estremecí. ¿Era temor, lástima? O quizá, en parte, la emoción de ser elegida.

—Yo lo veré —dije.

Hubo porras y abucheos mientras nos alejábamos colina abajo, pero Gabe se internó silenciosamente entre las secuoyas. Esos árboles rodeaban el condado Humbold y su pequeña bahía, llenando nuestro campus con un dulce y antiguo aroma. Pensé en volver; nunca había desobedecido las normas, y si nos encontraban en el bosque nos podrían suspender a ambos, pero decidí seguir. Tal como conocía la reputación de Gabe, conocía la mía: una ñoña apretada, no una temeraria como él y sus amigos. Claro que me parecían irritantes, pero cuando los veía reír de forma estridente a la hora de la comida o jugar futbol antes de la cena, cayendo de cuerpo completo al lodo, a veces deseaba no ser siempre una espectadora.

Salimos al claro detrás de la casa del señor Keller. Irrumpir ahí era mucho peor que ser atrapado en el bosque. El señor Keller tenía cuarenta y cinco años, era un hombre calvo, de cuerpo firme y

duros rasgos germánicos. Además de ser director, daba clases en los últimos semestres en un curso de psicología al que la gente prácticamente peleaba para entrar. Dinámico, creativo y pícaramente elogioso, exigía más de nosotros que ningún otro maestro; era el más duro.

—¡Por Dios, Gabe! —dije molesta.

—No te espantes. No haré nada impropio —respondió.

Dijo la última palabra, una de las favoritas del señor Keller, con especial énfasis. La casa del director era una construcción de ladrillo de dos pisos con pequeños cuartos en forma de torrecilla que se levantaban como áticos puntiagudos. Gabe me guió alrededor de ella, hacia el jardín, un recuadro dentro de una reja gris plata. Dos pisos por encima de nosotros, en las altas ventanas brillaba la luz. Gabe apenas las miró antes de entrar, silenciosamente, por la puerta entreabierta.

Yo crucé lentamente la puerta y seguí sus pasos; él se movió entre las plantas con tal precisión de bailarín que sospeché que no era su primera vez ahí. No quedaban rastros del sol. Bajo la luz de la luna, las flores y los vegetales que Keller cuidaba brillaban con una iridiscencia como de otro mundo, propia de las creaturas de las profundidades marinas.

—Probablemente todos están en los dormitorios —susurré—. Así que encuentra lo que me vas a enseñar o ya no lo hagas.

—Baja la voz. —Gabe me sostuvo la mirada—. Ven.

Estaba en la esquina del jardín, señalando un pequeño espacio dentro del ángulo de noventa grados de la cerca. Debajo de su dedo había una flor grande, de un fucsia tan vibrante que la podía ver en la oscuridad. Cuando me incliné para acercarme, vi que no era una flor sino dos, o una y media. La flor tenía dos caras, bordeadas con delgados pétalos rosas, que compartían el mismo centro y tallo. Lo que destacaba del centro, un ojo saturado color mostaza, era que se veía como el símbolo del infinito, como si alguien lo hubiera apretado por la mitad. Lo toqué y, cuando retire la mano, tenía un fino polvo dorado en mis dedos.

—¿Esto es lo que querías enseñarme? —pregunté.

Los ojos de Gabe brillaron como dos pequeñas lunas.

—¿Para esto estamos violando el toque de queda? Irrumpimos en la propiedad del señor Keller, ¿te das cuenta de que nos podrían suspender?

Gabe cerró su quijada de golpe. Sus ojos recorrieron mi rostro rápidamente como lo habían hecho con nuestro grupo en la colina. Luego un brillo distinto y acerado se posó sobre ellos; fue como si alguien hubiera cerrado las cortinas.

—Olvídalo —dijo saltando la cerca.

Comenzó a caminar con prisa hacia los dormitorios. Yo también salté y corrí para alcanzarlo. Yo medía casi uno setenta, era más alta que él, pero me sentía como un niño balanceánndome a su lado.

—¿Era un chiste? —pregunté—. ¿Presionar a la ñoñita para ver qué se atreve a hacer? ¿Ver si puedes meterla en problemas?

Gabe lanzó un bufido molesto y siguió caminando. Me di cuenta de que lo había decepcionado, pero un resentimiento más profundo de lo que yo podía controlar comenzaba a subir a la superficie.

—De verdad pensé que te gustaría —dijo, manteniéndose a uno o dos pasos de distancia de mí.

—¿Cómo sabes qué es lo que me gusta? —pregunté—. ¡Casi no nos hablamos!

Para entonces, habíamos llegado a los dormitorios. A la izquierda estaban los cuartos de los chicos y a la derecha los de las chicas. Pero él siguió avanzando hacia la puerta, como si yo fuera la que lo había molestado.

—¡Le contaré a la gente! —dije, con las palabras que se agolpaban dentro de mí—. ¡Se lo contaré a las chicas de mi dormitorio!

Era lo único que podía decir para distraerlo de su molestia. Para ese momento ya me había dado cuenta de que su descubrimiento no era broma, que significaba algo para él y, por alguna razón, había elegido compartirlo específicamente conmigo.

Gabe se dio la vuelta; su cara parecía llena de resignación. Luego cruzó la puerta a los dormitorios de los chicos, dejándome sola en la entrada.

Claro que no le dije a nadie. Ya me sentía culpable por la forma en la que había reaccionado contra él; o quizá era algo más lo que me detenía, los retorcidos bordes de la fe. Mientras nos limpiábamos en el baño, las otras chicas me molestaban, preguntándome cómo se había sentido besar a Napoleón. Les dije que se sintió bien.

• • •

Durante el resto de ese año apenas hablé con Gabe. El incidente de la flor había terminado tan mal que estábamos nerviosos cuando el otro estaba cerca, llenos de orgullo y vergüenza. Pero algo incómodo y magnético brillaba entre nosotros. Cuando estábamos demasiado cerca y sin escapatoria, como en la fila el comedor o sentados en una de las temidas mesas para dos personas en el salón de Keller, nuestro silencio era tan incómodo como el que hay entre dos extraños.

Finalmente, uno de los dos cedería: «Disculpa», diría yo cruzándolo para tomar la leche semidescremada, o Gabe se aclararía la garganta y preguntaría: «¿Lápiz?», con su cuerpo apenas perceptiblemente inclinado hacia el mío, hasta que yo metiera la mano en mi estuche y le pasara uno sin decir palabra.

Si el eclipse nos unió la primera vez, nuestro siguiente encuentro real fue igualmente fortuito, orquestado por fuerzas que parecían tan predestinadas como las fases lunares. El verano había pasado en un húmedo y borroso instante, y ahora era finales de agosto: el inicio del último año escolar. Mi vuelo de Nueva Jersey se había retrasado y era casi medianoche en el aeropuerto de Arcata/Eureka. El transporte de estudiantes terminaba a las 9 p.m., así que yo estaba apoyada sin ánimos en el escritorio de Delta de la zona para recoger el equipaje, marcando al teléfono del dormitorio sin éxito. Colgué y arrastré mis maletas, dos bolsas enormes y una

mochila de veinte kilos demasiado llena, hacia la banca más cercana. Afuera estaba frío y con rocío. Gotas de humedad colgaban de los parquímetros y de los resbaladizos uniformes amarillos de los oficiales de tráfico. En diez años o incluso cinco, la mayoría de los estudiantes de Mills tendrían una tarjeta de crédito o un celular, y estar varados en el aeropuerto sería fácil de solucionar. Sin ninguno de los dos, yo me sentía como una maleta olvidada.

—¿Patterson? —dijo una voz.

Me di la vuelta, Gabe estaba afuera de las puertas corredizas de la zona 3 de recolección de equipaje; el viento despeinaba su cabello mientras las puertas se cerraban, casi silenciosamente, detrás de él. Ahí estaba, con sus piernas anchas en un par de chancletas demasiado pequeñas y un *short* cargo desgastado; llevaba una bolsa sobre cada uno de sus hombros, haciendo que su camiseta se levantara hasta la cintura. Una pelusa oscura avanzaba hasta su ombligo, y su piel estaba tostada por el Sol. Gabe tomó la parte baja de su playera y la jaló.

—Lennox —dije.

—Vas tarde. Tarde para tu último año.

—Tú también.

Nos observamos uno al otro con cautela. Después me recorrí en la banca y él se sentó con torpeza, dejando sus bolsas en la banqueta con un involuntario suspiro de molestia.

—Bueno —dijo—, supongo que estamos varados.

—Naufragados.

—Abandonados.

Sonreímos el uno al otro, por nuestro chiste sobre el último año, por la extraña noche de agosto que era tan húmeda como el inicio de la primavera en la costa este. Miré la camiseta de Gabe. Tenía pequeños agujeros alrededor del cuello y estaba delgada por el desgaste, con una imagen destruida de Darth Vader al frente. Debajo decía con letras gruesas y mayúsculas «¿QUIÉN ES TU PAPI?»

—Linda camiseta —dije.

—Igual.

Bajé la vista. Me había olvidado de que estaba usando una vieja camiseta de mi papá, un consuelo en los vuelos de regreso a la escuela. «MUEVE TU TRASERO», decía; «CAMINA 5K POR EL CÁNCER DE COLON».

—*Touché*.

Nos quedamos ahí por un momento, había un silencio ligeramente tímido, ambos intentábamos tranquilizarnos. Sin fijarse, como si lo hubiera hecho cientos de veces, Gabe metió su pulgar por uno de los agujeros del cuello. Yo había escuchado que tenía una beca; había rumores de que su familia estaba en bancarrota, que su papá se había muerto sin un centavo, aunque otros aseguraban que su papá solo era un vividor que se negaba a pagar su manutención.

—¿De dónde vienes, de Jersey? —preguntó Gabe.

—¿Cómo lo sabes?

Tenía curiosidad genuina. Nunca había hablado de mi familia con Gabe. Aunque claro, tampoco habíamos hablado sobre la suya y aun así yo sabía que vivía en California con su madre. También que ella era obesa mórbida como consecuencia de una condición médica, aunque nadie sabía exactamente cuál era.

Gabe se encogió de hombros.

—Escucho —dijo.

—¿Y tú? ¿De dónde vienes?

—Michigan, estaba de visita con mi abue. Vive en Lake Superior.

—¿También se retrasó tu vuelo?

—¿Qué? —Gabe pareció confundido, luego negó con la cabeza.

—Ah, nop. Solo se me olvidó que el transporte para estudiantes se termina a las nueve.

—Típico de ti —dije, pero no sonó como una burla; resultó simplemente cariñoso, mucho más de lo que quería, y Gabe se rio sorprendido.

Mis mejillas se sonrojaron y jugueteé con el cierre de mi maleta. Nos quedamos de nuevo en silencio, pero esta vez estábamos relajados. Quizá era la hora o las circunstancias inusuales; ninguno

de los dos sabía si nuestra nueva concordia continuaría una vez que el reloj marcara la medianoche y llegáramos al viejo y conocido Mills, donde la jerarquía social estaba tan firmemente establecida como los cimientos de piedra. Pero justo en ese momento no importaba mucho. Teníamos un entendimiento frágil, una conexión como la tela de una araña, y lo manejábamos con seria y torpe emoción. Se sentía como estar afuera después del toque de queda: una hora extra agregada al día, maravillosa y extraña.

—Y ¿cómo ves? ¿Vamos a dormir aquí? —dijo Gabe.

—Uf, espero que no —respondí, pero la verdad es que estaba llena de emoción. Nos imagine haciendo un nido de sudaderas, una almohada de camisetas viejas, buscando café por el aeropuerto y *muffins* esponjosos la mañana siguiente. Al regresar a la escuela tendríamos un chiste privado, una ceja levantada, un «¿Recuerdas la noche que pasamos en la zona de equipaje en Arcata/Eureka?». Soltaríamos un quejido para darle dramatismo, haciéndolo parecer mucho peor de lo que en realidad fue. Así que mi corazón se apachurró cuando vimos el ancho transporte marrón para los estudiantes de Mills dando vuelta a toda velocidad por la esquina. Llegó frente a nosotros y se detuvo de golpe.

La puerta se abrió y salió torpemente Sandy, el exageradamente entusiasta prefecto. Su cabello rojo y rizado estaba recogido en una coleta baja, y jadeaba como si hubiera llegado al aeropuerto corriendo en vez de manejando.

—Bueno, bueno, están salvados —dijo, mientras tomaba nuestras bolsas y nos daba a cada uno una amable palmada en el hombro—. Métanlas y vámonos.

—¿Cómo nos encontró? —preguntó Gabe mientras subíamos al interior alfombrado del transporte, que siempre olía ligeramente a Cheetos. ¿Era posible que detectara un dejo de decepción en su voz, la misma que yo sentía?

—El vigilante de pasillo se dio cuenta de que ustedes, par de mocosos, no estaban —dijo Sandy echándole un vistazo al retro-

visor y saliendo a la carretera entre traqueteos—. Revisamos el teléfono del dormitorio de las chicas, pues sabíamos que tú no serías quien hablara, Lennox, y qué tal, cinco llamadas perdidas. El número nos llevó directo al aeropuerto.

—¿Cinco? —Gabe volteó a verme, sonriendo maliciosamente.

—Bueno… —dije a manera de protesta.

—Como sea —siguió Sandy—, no pasa nada. Solo un poco de emoción en una noche de domingo. Ya debería estar acostumbrado a eso.

Con Sandy en el carro, Gabe y yo volvimos a quedarnos mudos; observábamos fijamente por nuestras respectivas ventanas. Pero había una presencia entre nosotros, un espacio lleno, y las moléculas en la camioneta parecían moverse para hacerle lugar. El camino hacia el campus era de solo veinte minutos, pero pareció durar horas. En un punto Gabe movió su gran pie de chico y su pantorrilla, tibia y peluda, rozó la mía. Yo temblé ligeramente y el músculo de su pantorrilla se tensó. Pero luego el temblor pasó y su pierna se relajó, y nos quedamos de esa forma: unidos por el contacto desnudo mientras avanzábamos serpenteando hacia la escuela, con las estrellas guiñando en las ventanas.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, en mi litera de arriba con Hannah roncando enérgicamente debajo de mí, la noche anterior me pareció un sueño. Pero cuando vi a Gabe al otro lado del comedor en el desayuno, sentado en una mesa redonda con David Horikawa y Michael Fritz, él levantó su mano al aire e hizo un movimiento para llamarme con el entusiasmo exagerado de un controlador de tráfico aéreo.

—¡Hey! —gritó—. ¡Patterson!

Unos cuantos estudiantes de último año giraron sus cabezas con sorpresa; Hannah y yo normalmente nos sentábamos con las chicas en nuestro pasillo, pero la tomé de la muñeca y avancé simulando seguridad. Los adolescentes pueden oler la inseguridad, y probablemente por eso perdonábamos frecuentemente a Gabe:

todo lo que hacía tenía un fuerte aplomo que nos mandaba a olisquear a otra parte.

—Patterson y yo tuvimos una pequeña aventura anoche —dijo Gabe mientras Hannah y yo nos sentábamos.

—¿De qué hab…? —preguntó Hannah, quien no había escuchado nada de esto, antes de que la pellizcara en el muslo debajo de la mesa.

Pronto los cinco estábamos desayunando juntos casi cada día. Para finales de septiembre, Hannah había entrado en una pasional y malhadada relación con David Horikawa, pero Gabe y yo aún no nos habíamos besado. Tuvimos muchas oportunidades: encuentros nocturnos en el salón multiusos, cuando nos delizábamos sobre bandejas de la cafetería en la colina del observatorio y terminábamos en un embrollo de piernas y plástico. Pero siempre que se detenía la risa, solo podíamos mirarnos fijamente el uno al otro con las caras rojas.

—Ustedes siempre andan juntos. Simplemente no entiendo qué están haciendo —dijo Hannah.

En su cuerpo habían comenzado a aparecer chupetones con manchas color mora en lugares inesperados como la clavícula y la parte interior de su codo, y una vez —me lo mostró sonriendo con malicia— en la parte interior de su muslo; estaba desconcertada por nuestro control, aunque no era intencional.

—Estamos hablando —respondí sin que sirviera de nada, y era verdad: nos habíamos vuelto expertos en el tipo de conversación tranquila y agradable que normalmente solo comienza a funcionar después de años de amistad. Metidos entre las secuoyas en el bosque detrás de la escuela, intercambiábamos historias y nuestros planes secretos: «ser física», susurré con las mejillas sonrojadas; nuestros miedos de la infancia: «cochinillas», dijo Gabe; nuestras familias: lo que había escuchado de Gabe era parcialmente cierto; vivía con su madre en Tracy, California, un húmedo pueblo en el Valle de San Joaquín, «más conocido», dijo Gabe, «como donde la

gente se detiene para orinar en su camino hacia Tahoe». Su madre trabajaba desde casa para una compañía de telecomunicaciones y estaba fuertemente medicada por un problema de dolor crónico que la hacía gritar, decía él, o dormir. Su papá no estaba muerto, pero «no estaba presente», una frase que Gabe decía con tan rápido automatismo que sonaba como algo para lo que lo habían entrenado a decir.

Yo no lo presionaba. En vez de eso, le conté sobre mi familia. Quizá éramos unidos, pero no melosos. Mis papás apreciaban sus intelectos y promovían lo mismo en mi hermano, Rodney, y en mí. Rodney era cinco años menor que yo, tenía trece; durante mi último año en la escuela, era el más suave de nosotros: inusualmente amable para tener trece años, tenía una salamandra como mascota y escribía cuentos en la *laptop* heredada de mi papá. Vivían en New Jersey, a diez estados y seis horas de distancia, y la mayor parte del tiempo los mantenía en un compartimento de mi mente, uno que abría cuando iba a casa, pero en cualquier otro caso mantenía firmemente cerrado.

Un canal estrecho se había abierto entre Gabe y yo y nosotros nos arrastrábamos y retorcíamos para pasar por él. Lo que teníamos era una similitud, un entendimiento de la forma en la que la gente solitaria podía y debía andar junta. Aunque Gabe a menudo estaba rodeado de una tropa de chicos, era más huraño de lo que la mayoría de la gente sabía. Tomaba largas y enredadas caminatas solo los fines de semana; regresaba a los dormitorios con las uñas sucias y los brazos arañados por las zarzas. Hacía su tarea en el ático de la biblioteca, una torre que uno de los directores en 1960 había nombrado como el lugar para la reflexión silenciosa; decía que no podía pensar si alguien más estaba cerca. Tras pasar los últimos tres años en Mills, «este raro universo alterno», decía, «donde todos tienen dieciséis años», ambos estábamos configurados para ser independientes y expertos en adoptar amigos y en dejarlos ir. Tan sólido como Mills se sentía mientras estuvimos ahí, sabíamos que ten-

dríamos que renunciar a ello al final del último año, tal como lo habíamos hecho con nuestras familias. En contra del sentido común, desafiando a nuestra transitoriedad y al paso del tiempo, construimos una balsa y nos aferramos a ella.

Cuando estaba con él, anhelaba besarlo, pero estaba comenzando a perder las esperanzas. «No podemos hacerlo ahora», le decía a Hannah, rodando en mi litera; «Ya somos amigos. Sería muy raro». En Halloween, Hannah, harta de mis lamentos y ya en tercera base con David Horikawa, entró a nuestro cuarto armada con un bonche de maquillaje y un minivestido que compró en la tienda de segunda mano en Eureka.

—Esta es la noche —dijo—. Intuición femenina.

Tenía razón. En medio de la fiesta anual de Halloween, una reunión vigilada por maestros en el salón de usos múltiples, con una mesa de aperitivos épica para bajarnos el alcohol que los de último año habíamos echado en el ponche, Gabe me empujó al baño de hombres y tomó mi cara entre sus manos. Él era una hamburguesa con papas hechas de flotadores de espuma; yo, una chica de cómic de Roy Lichtenstein. Nos besamos presionados contra los compartimentos hasta que entró a orinar uno de los consejeros escolares, con los ojos saltones; entonces corrimos, histéricos por la adrenalina, con nuestras manos fuertemente entrelazadas como nudos marineros. Tomamos las escaleras de emergencia hasta el primer piso y salimos corriendo. Estaba lloviendo un poco; habían abierto las ventanas del salón multiusos para liberar el calor colectivo y el aliento a galletas de queso de doscientos cuerpos adolescentes. Sus voces llegaban flotando hasta nosotros, libres y agudas como globos sueltos.

—Y bueno —dijo Gabe.

—Y bueno.

Apenas podía pronunciar palabra. Me sentía como si me hubiera tragado la lengua.

Algo, no el amor sino lo que le precede, el embrión del amor, se extendía entre nosotros. Me moví hacia él, y esta vez nuestro beso

fue vacilante, de investigación. Cubrimos más terreno, moviéndonos de la boca a la oreja y al borde de la mejilla como para memorizar la topografía del rostro del otro. Esa noche nos quedamos dormidos afuera, y aunque nos metimos en problemas después por eso —Sandy, con el ceño fruncido, avanzaba torpemente hacia nosotros entre los árboles, con su coleta roja golpeteando su espalda—, aún recuerdo los primeros instantes de esa mañana: el sol ruborizaba las colinas mientras los gorriones trinaban la primera canción del día, sus notas se elevaban por el aire como serpentinas.

No podía creer que lo habíamos hecho, que uno de los chicos más queridos de nuestra clase había besado mis mejillas, mi barbilla y mis pestañas hasta que los puntos rojos que Hannah había aplicado tan meticulosamente, recargada sobre nuestro libro de historia del arte, con el delineador de labios en manos, se embarraron por toda mi cara volviéndola borrosa. Si Gabe fuera un pitbull, yo tendría los rasgos finos y estrechos de un dachshund: ojos café alerta, una pequeña boca fruncida. Una nariz respingada, salpicada de pecas. Era un rostro funcional: atento, discreto, agradable a la vista, pero nada que hiciera que la mayoría de las personas mirara dos veces. Yo era delgada y ágil como Rodney, incluso a los dieciséis; mantenía mi cabello avellana en una apretada coletita, con mi pico de viuda como un espacio oscuro. A veces envidiaba a las chicas con rasgos voluptuosos, labios gruesos, abundante cabello como de estrella de televisión, pero la misma cantidad de veces estaba agradecida por mi discreción. No hay nada más peligroso que una adolescente que parece una bibliotecaria, porque puede salirse con la suya en todo. El día de la fiesta de Halloween, un grupo de nosotros nos escapamos a la tienda más cercana que vendía alcohol, y yo fui quien lo compró. Nunca me pedían identificación; me veía tan pura, tan seria, que el dueño barrigón me dio el beneficio de la duda. Que Gabe me deseara era tan emocionante como comprar una botella de whiskey a los dieciocho: de alguna manera ambos significaban que yo había superado la prueba.

Gabe y yo comenzamos a sentarnos juntos en las clases, garabateando notas en viejas tareas cada que el maestro se volteaba hacia el pizarrón. Él me guardaba un lugar a la hora del almuerzo, protegiendo mi asiento con su desgastada mochila. Aún recuerdo cómo se sentía entrar al comedor y verla ahí. Mi estómago daba un salto, como si lo hubieran jalado; no avanzaba caminando, sino flotando. Lo más sorprendente era lo poco que me resistí. Algunas de mis amigas tenían novios, y yo siempre me burlé de lo distraídas que se volvían, lo fácil que renunciaban a lo que eran, y ahí estaba yo, distanciándome a pasos agigantados, dejando atrás las pulcras filas de mi independencia.

Nos tomó semanas descubrir cómo colarnos en el cuarto del otro por la noche sin que los consejeros académicos se enteraran. El truco era salir entre una revisión de pasillos y otra, pasar despreocupadamente por la cabina del vigilante como si solo fueras al baño, luego bajar por la escalera de emergencia hasta la planta baja. El dormitorio de los chicos estaba separado del de las chicas por un camino estrecho, pero si te colabas por la parte trasera de los edificios al estilo James Bond, podías evitar la mirada de cíclope de la cámara de seguridad. Esas primeras noches fueron deliciosamente ilícitas; nos aferrábamos al otro aún más intensamente por haber logrado hacer el viaje exitosamente. Pero una mañana, desperté y vi que Gabe ya no estaba. Esa vez se lo achaqué a la incomodidad de que dos personas durmieran en el pequeño colchón de una litera individual. Pero cuando pasó por segunda vez y luego por tercera, me lastimó.

—A personas diferentes les gusta de formas diferentes —dijo Hannah, a quien no le molestaba la presencia de Gabe en la noche. Dormía tan profundamente que nuestros amigos habían comenzado a llamarla Hannah Van Winkle; lo único que la despertaba era la alarma de nuestro CD tocando a todo volumen «Signed, Sealed, Delivered» de Stevie Wonder.

—Puede ser que está intentando mandarte un mensaje subliminal, que no le gusta quedarse a dormir después de todo.

Hannah era la bebé en una brillante alineación de hermanas, hermanas que sabían hacer trenzas, que aplastaban cajas de cartón y se deslizaban con ellas por las colinas que rodeaban la granja de su padre. Ellas le heredaron una complicada mitología sobre los chicos, además de viejas sudaderas y abrigos de invierno y bicicletas. Pero Gabe no parecía del tipo que mandaba mensajes subliminales. Su cara era abierta y fácil de leer como la de un perro. Cuando hablábamos, yo podía saber si lo había ofendido o agradado solo viendo qué tan apretados estaban sus labios.

Un jueves de noviembre lo vi saliendo del jardín del señor Keller. Me había despertado a las 4:30 y no había logrado volverme a dormir, así que puse mi almohada sobre la ventana que tenía vista hacia el campo y comencé a leer con una linterna. Pronto noté un movimiento con el rabillo de mi ojo, y cuando miré hacia afuera, vi que era Gabe. Mi dormitorio daba al frente de la casa de Keller, pero Gabe parecía venir de la parte trasera, donde estaba el jardín.

Mi primer pensamiento fue que aún seguía obsesionado con las flores del señor Keller, y el miedo creció en mi pecho. Ninguno de nosotros había mencionado la flor doble desde la noche del eclipse. Me sentía apenada por él, por su interés en ella, por sus sospechas sobre toda la escuela, que lo hacían parecer un paranoico. Así que cuando lo vi en el comedor esa mañana, me propuse sacarlo a colación. Pero tenía la piel pálida, los ojos hundidos y los párpados inferiores bordeados por medias lunas cenicientas. Me asustó, me pregunté si algo mucho peor estaba pasando. Le serví un plato y comimos juntos al lado de las ventanas del observatorio con vista a la colina, donde habíamos visto el eclipse casi un año atrás. Para cuando terminamos la comida pareció animarse, el color de sus mejillas se volvió más *beige* que blanco, y en ese momento, eso me hizo sentir satisfecha.